



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Indelebles

Publicación mensual

**NÉSTOR SÁNCHEZ
HERNÁNDEZ**

Número

19

2016



Lic. Gabino Cué Monteagudo
Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca

Lic. Alonso Alberto Aguilar Orihuela
Secretario de las Culturas y Artes de Oaxaca

Lic. Guillermo García Manzano
Director General de la Casa de la Cultura Oaxaqueña

Lic. María Concepción Villalobos López
Jefa del departamento de Promoción y Difusión

Lic. Rodrigo Bazán Acevedo
Jefe del departamento de Fomento Artístico

Ing. Cindy Korina Arnaud Jiménez
Jefa del departamento Administrativo

C.P. Rogelio Aguilar Aguilar
Investigación y Recopilación

Un personaje indeleble



Néstor Sánchez y María Islas se casaron en 1953

Cuando una persona vive para y en sus convicciones, se le reconoce como congruente; más aún si sus circunstancias son tan cambiantes y dinámicas como se presentan los diversos periodos que pasaron por su larga vida y en los que pudo cambiar la piel, el pelo, el volumen por las huellas del tiempo, pero nunca la esencia de un cerebro de claras ideas que lo acompañarían siempre. Nestor Sánchez vivió etapas tan complicadas, como aquellas que determinarían sus primeros pasos por una infancia dura, recia y de grandes limitaciones; pero también como el germinar de ideas revolucionarias que fueron adquiridas en las imágenes de su entorno

y de su preparación y que llevaron una carga muy importante de ideología de línea marcadamente izquierdista, ideas que recibían la refrescante brisa y los envoltorios de vientos de libertad y de justicia, vientos que más allá de su terruño, llegaban hasta América desde la lejana España, con una gran fuerza porque en ese peninsular país se vivían tensos tiempos de extrapolación y de violencia; por su ideales y por las noticias peninsulares, el joven Nestor no dudó en exponerlo todo con tal de hermanarse a las causas de la república y dar lucha sin cuartel al facismo envolvente e injusto.

Las convicciones de Nestor Sánchez fueron siempre las mismas hasta sus últimos días, aún cuando el fusil, el cañón, las bombas, la pólvora y la estrategia fueron sustituidas por la pluma, en donde encontramos a un combatiente penetrando en la mentalidad de una sociedad mexicana que a veces se antojaba un tanto dormida. Néstor Sánchez fue un hombre de su tiempo que dejó lecciones a muchas generaciones que han disfrutado y seguirán haciéndolo, de su presencia periodística y humana.

Guillermo García Manzano



Credencial del diario nacional Novedades de México, 1960



Carta de vida

¿QUÉ ERA LA CULTURA PARA ÉL?

A diferencia de la teoría materialista de la historia, que sostenía que era un subproducto de las relaciones económicas de la sociedad, Néstor Sánchez Hernández creía que la única manera de redimir al hombre era educándolo y cultivándolo. En ese orden. En otras palabras sostenía que la cultura era tan motor material del progreso como la extracción del oro. No era el cabús del tren del progreso nacional, sino la energía de su locomotora.

A principios del siglo XXI por fin se pudo entender la relación cultura-economía en nuestra sociedad mexicana. Curiosamente fue un economista –Ernesto Piedras– el que comprendió el inédito punto de vista al tratar de responder a la pregunta ¿Cuánto vale la cultura? En el prolongado intento de hacer entender su argumento a las cámaras de diputados y senadores para que asignaran mayores presupuestos en dicho rubro a las instituciones públicas del país, nos enteramos de que “no cultivarnos” hacía más deficitaria nuestra economía. Aunque no hubiera nada material que se echara a perder, el dejar de hacer actos de cultura para todo público, de manera gratuita y continua, terminaba empobreciendo a la sociedad, dado que la cultura y los debates que genera producen ideas estéticas y éticas, buen ánimo social y conocimiento y práctica de los valores históricos nacionales. Sin ellos ¿qué progreso puede modificar positivamente nuestro horizonte? Piedras tuvo que hacer todo un marco teórico de su planteamiento.

Néstor Sánchez tenía ya la respuesta a esa cuestión desde 1958, cuando editó su famosa revista “Oa-

xaca en México”. En ella don Néstor dio rienda suelta a su pluma y a su cámara fotográfica porque vio a las regiones de Oaxaca como generosas fuentes de cultura viva. Cada una tenía problemas, desde luego, pero su identidad cultural era superavitaria. El periodista fogueado que era decidió publicar reportajes ilustrados profusamente, lo que le acarrearía el aplauso unánime de sus lectores.

¿Qué aportó su colmillo de periodista? En primer lugar una pluma ágil, que iba directamente a lo mejor del tema. El estilo de redactar entonces era demasiado ceremonioso. Por ejemplo, cuando un periodista escribía del gobernador en turno debía hacerlo de esta manera pomposa: “El señor gobernador del estado, licencia don Perengano...” Sánchez había colaborado o sido lector asiduo de las revistas más críticas del México de los 1950: “Futuro”, de Vicente Lombardo Toledano, “Revista de Revistas” y “Jueves”, de Excélsior; “El cuento”, de Edmundo Valadez, “Hoy y Mañana”, de Regino Hernández Llergo y José Pagés Llergo y el más innovador suplemento cultural que ha habido: “La Cultura en México”, de Fernando Benítez, publicado por el diario Novedades. En ellos se hacía el periodismo más moderno, donde las tediosas parrafadas se veían reducidas a lo esencial, pero aportaban una enorme cantidad de fotografías o ilustraciones alusivas al tema. Estas tenían que tener calidad técnica y estética. Su presencia en las páginas de un reportaje multiplicaba los contenidos para beneficio del lector.

Por si no fuera suficiente, el nuevo reportero estaba obligado a buscar nuevos puntos de vista aunque el tema fuera el mismo de siempre. Había que hallarle nuevos ángulos para enriquecer la experiencia lectora y conseguir su fidelidad a la letra impresa. El público adquiriría información y cultura a la vez por esos medios gráficos mientras lo estaban peluqueando, o esperaba en el consultorio o se trasladaba de regreso a su casa al final del trabajo. Aun muchos de los grandes ensayos sobre historia y teoría del arte se publicaban ilustrados en blanco y negro, pero eso no limitaba al lector la apreciación del arte propuesta por el autor del texto. Las grandes enciclopedias como las de Grolier o la Summa Artis, de veintitantos

tomos, estaban todas impresas en blanco y negro. Es importante decir esto porque hoy todo está a nuestra disposición en colores y con imágenes de video y audio, pero ¿es más culto el público de hoy que el que le antecedió?

Este tipo de periodismo partía de algo que solo puede ofrecerse cuando se domina al menos un primer umbral de cultura: contenidos interesantes para atrapar al lector. La cultura se acompaña esencialmente de difusión, multiplicación, expansión de temas para el debate, la opinión, el aprendizaje, la crítica, el gozo... La cultura desdobra al que la asume, le rompe el aislamiento, le entrega la plaza pública de una manera civilizada para que su ser cobre sentido. Es de suyo inspiradora. Es dialogante. Se lee en silencio, pero se charla del tema alrededor de un café.

En la década de 1960, Néstor Sánchez y su generación sabían la respuesta a “¿Cuánto vale la cultura?” porque era el momento cumbre de una práctica cultural definitivamente nacionalista, pero que en la siguiente década se degradó a folclorismo de estado y en las siguientes el Estado nacional ya no supo o no quiso impulsar la polinización de la cultura y los niveles se estancaron en 2.5 libros por habitante por año, incluidos los libros de texto de lectura obligatoria...

Volviendo a aquellos años en que don Néstor mostraba un claro periodismo innovador, los Juegos Olímpicos México 68 tuvieron a la par una “Olimpiada Cultural”. Nunca antes a ninguna nación se le había ocurrido exponer al mundo en paralelo su espíritu deportivo competitivo con el vigor de su tono espiritual. No fue la ocurrencia de un presidente, sino la expresión institucionalizada de toda una generación culta. Lamentablemente los hechos de sangre de la noche de Tlatelolco mancharon por dentro y por fuera nuestra propia idea de nación civilizada. Quizás a partir de entonces dejamos de hacernos aquella pregunta esencial: “¿Cuánto vale la cultura?” y muchas otras a su propósito.

Pero Néstor Sánchez perteneció a aquella forja de generación, de modo que renunció a trabajar en la prensa nacional, aprendió a ser fotógrafo de prensa y

decidido volvió a su tierra para poner en práctica un periodismo moderno, ilustrado, directo y edificante. Cualquiera puede ver esas publicaciones en la Hemeroteca Pública de Oaxaca que él fundó y entregó al pueblo de Oaxaca en 1972.

En 1965 decidió ir un paso más allá del periodismo cultural y comenzó a publicar el diario Carteles del Sur (1965-1987). En éste también modernizaría el quehacer de la prensa cotidiana, cuyos intereses principales son informar y ser la voz de los que no la tienen, así como criticar lo que esté mal para su corrección oportuna y aplaudir lo correcto. Se trata de otro tipo de pluma, en donde interviene también un ideal político-sociológico que todo periodista culto tiene. La sociedad en su conjunto debe estar éticamente informada para que su conducta colectiva se dirija hacia el bienestar común sin cometer demasiados errores, injusticias o asumir que la corrupción forme parte de la cultura del mexicano...

¿Cómo modernizó don Néstor la prensa oaxaqueña? En primer lugar creando cuadros de reporteros que asumieran ese compromiso ético. Echó mano de jóvenes que no habían trabajado antes en la prensa. Les supo enseñar el a-b-c del periodismo, desde la técnica de redactar con claridad y sencillez, hasta la de entrevistar. Incluso les enseñó a tomar fotos. A casi todos les enseñó a rimar para que pudieran hacer “calaveras” o epigramas chuscos pero no léperos. Les enseñó a empezar su redacción por lo más importante de la noticia. Les enseñó a buscar nuevos ángulos a los temas de siempre. Les enseñó a buscar exclusivas. Les enseñó que el reportero debe ser culto, debe leer literatura pero sobre todo libros de historia. Les enseñó a escribir con sentido del humor y a hacerse responsables de sus dichos. Les enseñó a tener fuentes de información con nombres y apellidos, y no chismes ni infundios. Les enseñó a tener conductas profesionales responsables y honorables. Les enseñó que el periodismo es un oficio, no una profesión y por lo mismo, jamás podrían aspirar a ser millonarios. Todo esto se los enseñó sin aula, sino en una sala de redacción que medía unos 16 metros cuadrados y predicando con el ejemplo todos los días.

Aún más cosas les enseñó: a ser amigos y serviciales con sus lectores. A cumplir su rol histórico con la sociedad que los trajo al oficio. También a alzar la voz cuando se tratara de denunciar una injusticia, un despojo, un abuso. La objetividad enseñada incluía pedir disculpas públicas si se había cometido un yerro. En el Oaxaca de aquellos años había periodistas intachables, con los que de inmediato hizo buena amistad que solo se extinguió con su fallecimiento, pero algunos “periodistas” de la época aun padecían de cierto provincianismo que los políticos aprovechaban para medrar y manipular a la sociedad a través de sus notas o a través de sus “silencios”. El estado mismo cometía errores, pero había que decirselos objetivamente. Por ejemplo, fueron célebres sus campañas para impedir la deforestación masiva que hacía en las montañas la empresa pública Papelera Tuxtepec. También denunció la explotación irracional de carne y huevos de las tortugas de Mazunte. Denunció el abuso cotidiano de inspectores municipales con los indígenas que venían a vender sus productos al día de plaza. Denunció las tranzas que se hacían vendiendo “pases” a campesinos que querían irse de braceros. Denunció la corrupción de un gobernador, que para callarlo lo mandó golpear con sus guaruras. Denunció que el Teatro Macedonio Alcalá fuera un cine pulguiento y en deterioro constante solo para beneficio de la paraestatal Operadora de Teatros. Gracias a eso el teatro volvió a serlo desde entonces. Denunció que no hubiera todavía un edificio especial para una Casa de Cultura en Oaxaca. Empezó una campaña para que se abriera una escuela que formara ingenieros aquí y por eso se hizo el Instituto Tecnológico de Oaxaca. Cuando vio que no había una Hemeroteca, se puso a conseguir medios materiales y colecciones particulares para fundar la actual, que lleva su nombre desde 1994. En fin, de eso se trataba su periodismo, de señalar y sugerir... y de poner manos a la obra predicando con el ejemplo cuando fuera posible.

Así es como este hombre que pasó su juventud (1937-1939) empeñado en defender del fascismo a la República española alistándose como soldado voluntario en las Brigadas Internacionales, cambió para siempre el fusil por la pluma, pues ésta representa la



Néstor Sánchez en Jerusalén

civilización, mientras el otro la niega. Tras su partida para España, acompañado de otro cadete de la Escuela Militar de Transmisiones a donde pertenecían ambos, conoció La Habana, Manhattan y París antes de ingresar de manera clandestina a España por los Pirineos. Su experiencia como soldado que había sido en el 53 Batallón de Infantería acuartelado en el ex convento de Santo Domingo de la ciudad de Oaxaca –exactamente donde 50 años después se ubicó la actual Hemeroteca Pública de Oaxaca “Néstor Sánchez H.”–, más su experiencia como “clase” de Transmisiones Militares, le llevaron a desempeñarse como comandante en las batallas de España. Iba al frente de hombres que le duplicaban la edad, pero le respetaban su inteligencia táctica y su don de mando a la hora de entrar en combate. Herido tres veces en campañas distintas, fue retirado a atenderse en hospitales de la retaguardia. Meses antes había encabezado la ofensiva republicana de la Batalla del Ebro, hemorragia de vidas y sangre que duró 100 días y que fue la que decidiría la derrota republicana ante los ejércitos de Hitler y Mussolini que apoyaron a Francisco Franco.

Sin embargo es importante rescatar en esta semblanza que está orientada hacia el periodista, algo

que él cuenta en su libro autobiográfico *Un mexicano en la Guerra Civil Española y otros recuerdos* (Carteles Editores. Oaxaca, 2014): que a las trincheras y campamentos donde luchaban, llegaba la prensa de todo el mundo, en más de una docena de lenguas, incluida la española. Allí conoció revistas extranjeras famosas, periódicos, suplementos, semanarios, boletines. Comprendió la importancia de estar enterado de lo que era el contexto político-social de la guerra, pues era la única manera en que cobraba sentido su refugio en una lobera de dos metros cuadrados, a la espera de un súbito bombardeo enemigo...

Más tarde, en el otoño-invierno de 1939, ya evacuado del frente de guerra a causa de su convalecencia y de acuerdos políticos internacionales a los que era ajeno, aquella lectura a fondo de la prensa internacional le hicieron asumir el rol de reportero espontáneo, así que iba al frente y volvía en los vehículos de enlace con el fin de traer datos a la redacción del diario barcelonés *La Vanguardia*. Aquellas jornadas le marcarían para siempre: el periodista debe de tener ideales para trabajar, ya que, aunque su vida tenga que pender de un hilo, luchará siempre para cumplir con su misión.

Al retornar a su patria y sin poder gozar de ninguna beca ni beneficios económicos, trabajó en oficios diversos que le permitieron, sobre todo, dedicar su tiempo libre a cultivarse autodidactamente. Además de la prensa, revistas y suplementos culturales, la literatura, la historia y el psicoanálisis acapararon su atención. Se metió a fondo en las más recientes ediciones disponibles en la hermosa Biblioteca Nacional de México, ubicada entonces en la nave del templo de San Agustín, en la ciudad de México.

En mayo de 1940, aceptó formar parte del plan que puso en marcha David Alfaro Siqueiros para darle un susto al ideólogo antiestalinista León Trostki. Se formó un comando armado que ingresó en su casa, ya convertida en fortaleza y descargó sus armas contra los muros de las habitaciones, pues el viejo bolchevique dormía en una recámara inexpugnable de puertas blindadas. A consecuencia de ello es enviado a Lecumberri, donde pone en práctica todo lo

que había aprendido de los libros de Sigmund Freud, lo que le lleva a entrevistar –o terapear, quizás– a algunos presidiarios. Dejó en el libro autobiográfico muestras de estos trabajos de mitad reportero, mitad psicólogo, pero también escribió un libro sobre la conducta humana en prisión.

Néstor Sánchez leía ávidamente porque había dónde meterse a leer gratuitamente en la Ciudad de México. También se hizo un bagaje musical de obras clásicas, sin gastar un centavo, pues solo tenía lo indispensable. Éstas se tocaban constantemente en distintos escenarios de manera gratuita y a ellos acudía regularmente. Por si no fuera suficiente, se compró un radio para escuchar los conciertos dominicales enriquecidos siempre con los comentarios de expertos musicólogos que explicaban al escucha la narrativa, la poesía y la cromática de lo que enseguida escucharían. La música popular siempre tuvo un gran nicho en su corazón: romántica, bolero, tango, corridos, jazz, pasodobles, coplas, jotas, jarabes...

El cine le atrajo sobremanera. Presumía de haber visto las “más grandes películas y actores de todos los tiempos”, de todos los países. En efecto, así fue y esta fascinación le hizo escribir dos guiones para cine, simplemente porque veía en él un vehículo eficaz y creativo para cultivar a las masas. Se había inspirado en episodios personales para escribirlos.

En la prensa se desarrollaban grandes debates sobre política y también teoría del arte. La pintura mexicana estaba representada por los “tres grandes” que eran cuatro: Orozco, Rivera, Siquieros y Tama-yo. Néstor Sánchez acudía a sus exposiciones y a sus conferencias. Éstas eran sucesos a los que llegaban cientos de personas de todas las clases sociales, pues eran gratuitas. La polémica no tardaba en darse y eso ilustraba al público, le entretenía y le confirmaba el mucho bien que hace al alma escuchar ideas originales y argumentos para hacerlas más originales aún. Por otro lado, entender la obra plástica no es tarea sencilla. Don Néstor emprendió ese camino teórico y por su cuenta se dedicó a leer todo sobre los grandes maestros de la pintura y la escultura universal: Velázquez, Rembrandt, Goya, Rubens, el Bos-

co, Rodin, Picasso, Moore... Cuando años después pudo ir a los museos europeos y vio en persona esas piezas, ya tenía en su alma todo un bagaje cultural que le hacía estremecerse de emoción y afirmar su intelectualismo.

Entre 1960 y 1970 se fundan en Francia las Casas de Cultura. Eran una innovación del estado nacional para facilitar el diálogo cultural que cada ciudad debe tener consigo misma, pues de eso se trata el bienestar colectivo. Oaxaca no fue ajena a esa dinámica. Solo en el seno del Instituto de Ciencias y Artes, más tarde Universidad “Benito Juárez”, se hacían eventos culturales de innegable buen nivel, pero la sociedad estaba creciendo y faltaba que nuevos núcleos de cultura ampliaran la oferta. Don Néstor Sánchez hizo eco en sus páginas del clamor de los intelectuales de entonces que solicitaron que el recién restaurado ex convento de los Siete Príncipes fuera la sede de la nueva Casa de la Cultura de Oaxaca. Así ocurrió, felizmente.

En 1981 aceptó ser director de ella. Tenía una idea muy clara de lo que debería de ser: gratuita; abierta a todas las manifestaciones culturales, sin importar los credos políticos ni religiosos, siempre y cuando enaltecieran a la humanidad; debía formar cuadros de administradores de cultura, lo que hoy son los licenciados en “gestión cultural”; debía llevar a las comunidades, depositarias de culturas propias y originales, las artes y expresiones culturales de otras regiones o de otras partes del mundo, este diálogo debería ser permanente; debería hacer sentir a quienes iban con él en sus “caravanas culturales”, que estaban siendo protagonistas de hechos culturales trascendentes para sí y para sus espectadores en las sierras oaxaqueñas y no solo eran “comisionados por oficio” con viáticos limitados. La cultura popular debería estar siempre presente en su programa, pues es una expresión candorosa pero igualmente genuina de las otras culturas: la académica y la histórica, aquella que fueron forjando por siglos palmo a palmo los pobladores originarios de estas tierras y, finalmente, debía ir entregando lotes de libros para que se pusieran al servicio de los lectores en sus propias comunidades. Por desgracia no había casi ningún li-



En 1972 hizo entrega al pueblo de Oaxaca de la Hemeroteca Pública. El gobernador Fernando Gómez Sandoval recibió simbólicamente el primer tomo. Presenció la escena el periodista oaxaqueño Alfredo Ramírez "El Chapulín".

bro oaxaqueño en ese entonces. Los libros fueron las varas mágicas que anduvo dispersando por todo pueblito a donde pudo llegar, como recordando las épocas en que a él un buen libro le abrió las puertas de la imaginación y le distrajo de los apremios del hambre. Don Néstor, aquel niño pobre y sin oportunidades que fue, sí supo responder con hechos a la pregunta ¿Cuánto vale la cultura? Igual que lo hizo mucha gente de su generación cuyas semblanzas biográficas se hallan en la presente "Colección Indelebles".

Apenas un par de años pudo dirigir la Casa de la Cultura, pues su deber al frente de "Carteles del Sur" era en extremo demandante. Aun así fundó su biblioteca. Pensó jubilarse, pues ya había dejado bien consolidada la "Hemeroteca Pública de Oaxaca", que entonces funcionaba en la planta baja del teatro Alcalá, en la sala paralela a la calle de Armenta y López. Lo que pudo hacer fue re-escribir sus memorias, que vieron nuevas ediciones en 1997, 2005 y 2014 (póstuma). También publicó un libro de poemas titulado "*Soliloquios*" y la novela: "*4 Vidas*". Y dejó los manuscritos de dos guiones de cine trabajados como episodios novelados de su paso por la cárcel de Lecum-

berri y de su vida trashumante en la prensa nacional. Cerrado el taller de imprenta que hacía el periódico Carteles, éste se fue transformando en una empresa especializada en publicar libros de temas oaxaqueños, aquellos cuya ausencia añoraba una década antes. Fue un visionario gracias a que abrazó la cultura y conoció el valor de sus valores. Fue así que nació Carteles Editores en marzo de 1988. Le encomendó esta tarea al que escribe, uno de sus hijos mayores.

Tuvo una vejez tranquila. Había nacido el 26 de febrero de 1918 en el pueblo de Xía, San Juan Chicomezúchitl, Ixtlán. Se despidió de la vida en esta ciudad de Oaxaca el 18 de febrero de 2001, con el sentimiento de haber cumplido su misión. Descansa en paz en el Panteón General de San Miguel.

Claudio Horacio Sánchez Islas



Néstor Sánchez con grado de Capitán obtenido tras la Batalla del Ebro.



Néstor Sánchez con ex combatientes polacos

Una muestra de su talento



LA VIDA EN LECUMBERRI *

-¡Arriba señores! ¡A formar mis mugrosos! ¡Ándente! Gritaba el “golpe” con aguardentosa voz al tiempo que daba de garrotazos sobre las puertas de fierro de las celdas que acababan de ser liberadas del ce-rojo general.

Y con el frío iban saliendo las figuras jorobadas de los presos, envueltos en sus mantas, ateridos y maldiciendo, cuando todavía no acababa de amanecer. A gritos del “golpe” iban formándose de dos en fondo a lo largo de toda la crujía mientras un vaho maloliente se formaba sobre la masa humana que más que contestar a la lista que pasa el “mayor” gruñían maldicientes:

-¡Presente, jijo de...!

Ya no se rompe la formación porque a esa hora entran por la gran reja los “rancheros” con sus sucios peroles enormes. Es el café “de calcetín”, así llamado, que junto con un “marro” o gran bolillo le dan a cada reo a su paso. Es de suponerse que todos los presos al salir a formar ya llevan un posillo o su jarro para recibir su café. Entonces nos dispersábamos libremente por nuestras celdas a calentarnos con el cafecito y la mayoría a seguir durmiendo, porque la vida del preso es vana, en inútil. Muchos hay que trabajan dentro de sus celdas como los zapateros, los “curiosos” o artesanos, pero la mayoría duermen y vagan robándose unos a otros, peleándose como fieras, fumando

* Fragmentos tomados del libro *Un mexicano en la Guerra Civil Española*, por Néstor Sánchez Hernández, 2ª. Edición, *Carteles Editores*, Oaxaca. México. 2005, pp 295-304.

marihuana y contándose sus crímenes o burlándose de sí mismos que es la mejor justificación que hace el preso de su fracaso al hallarse caído en presidio.

Los primeros tiempos me era repelente aquello; trataba de estudiar mis libros y de dar la espalda a aquel presente amargo, pero poco a poco, a medida que corrían los días fui sintiendo la enorme dosis de humanidad que hay en un presidio y fui acercándome a todos, fui metiéndome en la sombría vida del penal, en los problemas y esperanzas de los presos, convirtiéndome pronto en su confidente, defensor y consejero y, más tarde, en su hermano, pese a mi juventud.

Así pues traté de cerca y conocí mucho a los señalados como criminales, hombres que habían matado, herido, violado o robado; en todos ellos encontré pese a la débil calidad humana, algún resquicio de bondad, algo de humano y sobre todo una razón positiva o negativa para haber delinquido. Con esta experiencia escribí un libro, inédito aun, cuyo título es precisamente *Lecumberri, un ensayo sobre la conducta humana en presidio*.

Familiarizado con el medio de la superpoblada prisión escribí sobre el hombre y su conducta, recorrí celdas y crujías, sin prejuicios y sólo en búsqueda de una verdad no aceptada en el mundo de los de afuera.

Igual que conocí y traté a delincuentes profesionales, conocí y traté a jóvenes caídos por accidente en aquel antro, por el fatalismo de la pobreza y de la ignorancia en la mayoría de los casos.

EL PADRE JIMÉNEZ

Así pude conocer entre los presos célebres de entonces al padre José Jiménez, oaxaqueño, chaparrito, implicado en el asesinato del Presidente electo general Álvaro Obregón, en la Bombilla.

Amisté fácilmente con él debido a su bondad y don de gentes. Tenía una celda en la crujía "I", de

distinción y, sin querer recordar nada del sensacional proceso político por el que estaba preso, era un gran conversador. Llevaba trece años en la penitenciaría y su condena era a veinte. Él, sin pedir clemencia, estaba resignado, quizá un poco de amargura había en su corazón, pero cultivamos una amistad leal sin prejuicios. ¡Veinte años le echó un juez cómplice, por haber “bendecido la pistola” con la que mataron a Obregón!

Cuando salí libre meses después y me fui a despedir de él, con ojos llorosos recuerdo que me dijo paternalmente:

–Cuidate de gentes perversas que fingiéndote amistad y “camaradería” te metan en esos líos políticos... ve solo por la vida y que Dios te bendiga.

Años después, ya en libertad volví a ver al padre Jiménez a quien injustamente el clero tenía proscrito, lo que le producía mayor dolor y sufrimientos que el haberse pasado, sin haber sido comprendido, tantos años preso. Poco después supe que había muerto. Siempre lo recuerdo con gran respeto.

URQUIJO EL DESLENGUADOR

Hay individuos cuya configuración moral es tan torcida, que necesariamente tienen que ser una especie de guerrilleros contra los instrumentos represivos de la sociedad; gentes que no saben ser sino víctimas porque viven a contrapelo de la ley y por lo tanto son seres a los que se puede llamar “carne de presidio”.

Uno de ellos era Urquijo “el deslenguador”, un español cometedor de atracos, de estafas y de asaltos. En vez anterior que había estado preso con sus cómplices, al que lo delató traicionándolo, no lo mató sino que le cortó la lengua... por eso era conocido como “el deslenguador”. Aparentemente era un hombre de bien: gordo, de rostro bondadoso, simpático y afable, era el encargado de la panadería del penal y tenía a sus gentes dentro y fuera, lo que le hacía temible. Conmigo hizo buena amistad y era fre-

cuenta tenerlo en mi celda charlando de recuerdos de su patria, España.

Orcacitas era otro delincuente célebre entonces; alto, joven, bien parecido, de buena familia y elegantemente vestido, pero era un gánster terrible. Hablaba con cierto elegante cinismo de sus “hazañas” y gozaba de la admiración de muchos presos porque además pagaba todo servicio que le hicieran. Era un aristócrata dentro de la penitenciaría. Vanidoso, gustaba de contarme sus planes para cuando saliera, lo que consideraba fácil, atenido al poder del dinero de su familia. Éste era un delincuente por rebeldía al estrato social del que dependía.

Conocí y traté a otro delincuente, un joven ladrón que llevaba entonces 19 ingresos a la penitenciaría; le faltaba un brazo, el izquierdo, a causa de un machetazo, pero era el tipo más simpático que había en la crujía; tenía muchos nombres y ni él mismo sabía el verdadero, pero le decíamos “el mocho”.

Era un truhán legítimo porque vivía mejor en presidio que en la calle. Pícaro simpático, robaba con la mayor frescura a todo mundo; a las visitas les vendía “piezas de oro” pero que no eran sino latón vil; fácilmente le vendía a unos los zapatos cascorros, el reloj o la camisa que él mismo nos había robado días antes, pero lo hacía con tal gracia cínica, con tal desparpajo y con tan pintoresco lenguaje que convencía. Así hube de comprarle dos veces mi reloj de bolsillo. El “mocho” hablaba casi en puro “caló”, el mismo que usa el hampa en México y así a fuerza de oírle, hube de irme acostumbrando a llamarle “garfiles” a los gendarmes, “chota” a los agentes secretos, “lima” a la camisa, “chillón” al radio, “varos” a los pesos, “jañas” a las mujeres, “batos” a los fulanos y “marros” a los bolillos...

Supe entonces que “apandar” es encerrar a uno, que una “melanca” es una colilla de marihuana y que por decir “toma” se decía “tomates” y por decir “daca” se decía “prestigios”, y que “guiñar jando” es dar dinero, etcétera.

Presos decentes había, rateros elegantes o asesinos distinguidos, que estaban aparte, que recibían

a sus visitantes en sus propias celdas individuales y que manejaban poderosos negocios desde prisión.

La cárcel fue para mí, durante diez meses una formidable universidad donde aprendí mucho a conocer la imagen viva de la humanidad. Cuando salí libre, “por falta de méritos”, tuve que extrañar aquel mundo tan humano que es la oscura catedral de los desdichados, de los incomprendidos, de los seres que se vengan de la sociedad hipócrita que los encarcela.

CÓMO CONOCÍ A LEÓN TROTSKI

Fue el 21 de agosto de 1940, un caluroso medio día. Escribía dentro de mi celda solitaria, la semblanza psicológica de un uxoricida que la noche anterior me había relatado detalladamente su crimen. Entrevistaba, charlaba más bien, con los hombres de la cárcel, para conocer mejor al ser humano.

-¿Ya viste? Me dijeron dos compañeros de proceso que llegaron corriendo a perturbar mi quietud, imataron a Trotsky!...

Sobresaltado tomé los periódicos y pude leer la sensacional noticia. De inmediato nos miramos los tres como queriéndonos decir: ¡Ahora sí nos dejarán libres, pues nada tenemos que ver con este nuevo asunto!

Seguí leyendo en voz alta y se fueron reuniendo otros reclusos y fue así que nos dimos cuenta, escuchando el radio que el viejo bolchevique no había muerto aún, que trataban de salvarle la vida y que el asesino era un tal Jackson.

Dejé mi celda y fui a buscar a los otros jóvenes inodados, como yo, en el sensacional proceso por lo de Coyoacán, en mayo de ese mismo año. Comentamos ampliamente los acontecimientos e hicimos conjeturas sobre nuestra posible pronta libertad, y regresé a mi celda ya sin quietud, a tratar de seguir escribiendo mi semblanza.

De pronto, desde la reja de mi crujía gritan:
-¡Néstor Sánchez!, ¡José López!, ¡a la reja!

Y salí precipitadamente, pues el nerviosismo de los acontecimientos nos tenían a todo México en tensión. Acababa de salir una extra de un periódico diario, dando cuenta de la salud del ruso y especulando sobre los móviles tenebrosos de un tal “Jackson”, el asesino.

Un grupo numeroso de agentes de la Policía Secreta encabezada por el propio jefe de ese cuerpo iban por mí y por López, un español, también procesado por el llamado “caso Trotsky”.

Salimos.

Con exagerada vigilancia fuimos subidos a una “julía” y, adelante y detrás de esta, carros patrulleros llenos de agentes y con sirenas ululantes. Así atravesamos las calles por el centro de México hasta el puesto de socorros de la Cruz Verde, donde tenían agonizante al creador del Ejército Rojo y a su victimario, hasta entonces conocido por “Jackson”.

Una gran área de la capital estaba bloqueada al tránsito; un enorme despliegue policiaco cubría calles y casas del sector de la Cruz Verde. Al llegar nuestra “julía” había expectación.

Era, nos informó en el camino el jefe policiaco, una confrontación. Querían –deduje para mí–, que identificara yo al famoso “judío francés” que se citó en expedientes, periódicos, y artículos, como el personaje clave de una pretendida conjura internacional.

Bajamos entre un reforzado cordón policiaco. Se temía que los “conjurados” llegaran a nuestro rescate, seguramente, pero nada sucedió, como no fuera el asombro de la gente agolpada en el lugar, ante la juventud mía, a quien habían pintado con caracteres temibles y tenebrosos, de leyenda negra.

Escortado por una legión de agentes crucé el aposento donde estaba en una cama rodeado de médicos León Trotsky. Me detuve para mirarlo.

El propio jefe policiaco quiso seguramente sembrarme y, jalando de mí, me acercó al personaje ruso a quien pude contemplar breves instantes: sus ojos azules apenas tenían ya brillo: la cabeza completamente vendada, la barbita cana, temblorosa. Sentí pena por el hombre caído a causa de sus propias intrigas.

Así conocí a León Trotsky.

Creo todavía que si le dijeron quién era yo, me ha de haber mirado con odio. Yo lo contemplé con pena más bien. Él era el viejo líder bolchevique que agonizaba.

Esa misma tarde habría de morir.

La confrontación con “Jackson” que después resultó ser “Mornard” y luego el catalán Ramón Mercader, resultó en lo que tenía que resultar: nada. Yo jamás lo había visto antes.

Frente al pobre infeliz, hecho una desgracia a golpes por los pistoleros de Trotsky luego del crimen y por los policías después, echado en un camastro a la altura del suelo, con un solo ojo visible, todo vendado, nos quedamos mirando mientras los detectives buscaban un gesto “de inteligencia” que no se podía producir porque aquel señor me era totalmente desconocido.

Con igual despliegue de vigilancia salimos del hospital, fuimos invitados a subir a la “Julia” y regresamos a la Penitenciaría.

Volví a mi solitaria celda a continuar escribiendo un capítulo más de mi libro *Lecumberri* y a esperar las noticias que sucedían vertiginosamente.

Nunca antes se gastó tanta tinta en un suceso criminal de tal resonancia internacional como entonces.

Unos meses después, me entregaron una boleta de libertad que rezaba: “Libre por falta de méritos” y me invitaron los celadores de la prisión a recoger mis pertenencias porque debería abandonar la Penitenciaría ese mismo día.

Confieso que la despedida fue triste; ya el mundo al parecer deshumanizado del presidio me había adoptado. Al salir reja por reja, unos presos me gritaban:

-¡No te olvides de nosotros! ¡Escribe la verdad de lo que aquí viste! ¡Adiós!

Y otros -¡Tú no eres de los que vuelven, Néstor! ¡Adiós!

Y ya en la calle, otra vez libre y sin nadie en el mundo, sentí ganas de llorar.



En el 50 Aniversario de la Guerra Civil Española, 1986, Néstor Sánchez se encontró en España con su antiguo comandante, el legendario Enrique Lister.



Néstor Sánchez en el Partenón, Atenas, Grecia.



Octavio Flores Aguillón, Emilio Blanhir, Nestor Sánchez y José Alcalá



**CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA**

www.casadelacultura.oaxaca.gob.mx



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

www.casadelacultura.oaxaca.gob.mx